

EL MERIDIANO

Daniel Pérez Calvo

Serpientes en el avión

Hace algún tiempo corrió como una fiebre por las redes sociales una de esas historias moralizantes y apócrifas, que saltan con celeridad de móvil a móvil como si de una epidemia cibernética se tratara. De ahí que las llamen virales. Ocurría supuestamente en un avión, poco antes del despegue. Una mujer de porte distinguido se quejaba a la azafata por la presencia en su asiento contiguo de un joven de raza negra, al que tildaba de persona desagradable con la que no estaba dispuesta a viajar. La auxiliar, atónita y perpleja, le prometía que, aunque el vuelo iba completo, intentaría hacer algo.

Pasados unos minutos, volvía al lugar del conflicto y con indisimulada satisfacción zanjaba así el violento episodio: «Disculpe, señora. Tiene usted razón, pero tal y como le he dicho la clase turista está llena. Sin embargo –añadía– me informa el comandante de que queda una plaza disponible en primera clase, por lo que, efectivamente, no hay motivos para compartir asiento junto a un ser tan repugnante». Acto seguido, la azafata se dirigía amablemente al atribulado hombre negro y le invitaba a acompañarle a la zona preferente de la nave, mientras los demás pasajeros ponían banda sonora al demudado rostro de la irascible xenófoba con un cerrado aplauso.

He recordado el relato esta semana, al enterarme de que un energúmeno fuera de sí había lanzado una retahíla de insultos e improperios racistas hacia una ciudadana de Jamaica, próxima a los 80, que ocupaba asiento junto él en una conocida línea aérea. En este caso, sin embargo, la pobre anciana tuvo que aguantar con resignación las diatribas de aquel impresentable, a quien el personal de cabina trataba en vano de serenar. También aquí se optó por mover de su asiento a la indefensa víctima, pero no precisamente para acomodarla en la zona 'bussines' del avión, sino para garantizar su integridad, permitiendo encima de rebote que el tipejo se saliera con la suya.

No hubo aplausos entre el pasaje; menos mal. Lo que hubo, por contra, fue un silencio vergonzoso y sepulcral; un silencio cómplice ante una escena intolerable. No; en esta ocasión la historia, por desgracia, no tuvo ese final feliz que a veces, solo a veces, nos permite tirar de aforismo y sentenciar que la realidad acaba superando a la ficción.

EL MIRADOR | Guillermo Fatás

El olvidado 'milenario' de Cataluña

En 1988, Pujol y sus historiadores de cámara inventaron el 'milenario nacional de Cataluña'. Seis lustros después, el separatismo ya ha olvidado la falsa efemérides

La repetición es la base de la desinformación. Para que cale en la opinión, un mensaje, verdadero o falso, debe ser simple, relativamente verosímil y constantemente repetido a través de todos los medios posibles. Hay que elegir en cada caso el destinatario adecuado. Si es el público en general (percibido como masa), hay que usar acentos emocionales. Si se dirige a grupos seleccionados o a individuos relevantes, han de variarse el tono y los argumentos. Aunque la teoría sobre la materia se desarrolló en el siglo XX, cuando se extendió la sociedad industrial de masas y fue posible el primer apogeo de estas prácticas, en las que descollaron maestros del 'agitprop' como Lenin y Goebbels, todo esto se sabe desde mucho antes. A saber cómo hubieran utilizado lo que hoy nos parece ya una globalización planetaria de la red capilar basada en internet, pero que aún está en su infancia, muy lejos todavía de lo que llegará a ser.

No puede, pues, sorprender que las 'naciones' vasca y catalana lleven más de mil años existiendo... aun siendo criaturas nacidas muy entrado ya el siglo XIX, destiladas por algunos ideólogos nacionalistas.

En Cataluña, episódicamente, la ortodoxia etnocrática reaviva el rescoldo que afianza en gran número de mentes la idea de que los catalanes viven en una nación milenaria que lleva al menos tres siglos y un lustro subyugada por la envidiosa y parásita España.

Inventión del 'Mil-lenari'

La operación debe su orto a Jordi Pujol. No la idea, ya vieja, sino su conversión en proteína política de fácil y grata deglución, susceptible de calar en la multitud ('el pueblo') como nutriente mental apto para el siglo XXI.



J. M. SUBIRACHS. ESTATUA DE BORRELL II

Si Pujol se tuvo por legatario político del conde Borrell II, Puigdemont y Torra se limitan a ceñirse al penoso Lluís Companys

Por iniciativa del 'president', Cataluña celebró sus mil años de existencia nacional en 1988. El 22 de octubre de 1987, el Parlamento catalán aprobó «celebrar el milenario de la independencia de hecho de los condados catalanes», basándose en la negativa de Borrell II de Barcelona a prestar vasallaje al rey franco Hugo Capeto en el año 988. Acto seguido, se nombró una comisión de historiadores (con el expresivo rótulo de 'Comissió del Mil-lenari del Naixement Polític de Catalunya'), encargada de probar que la iniciativa tenía bases históricas 'objetivas'. La

pequeña parte de verdad contenida en el mandato de Pujol iba a ser convertida en doctrina nacional.

El equivalente culinario sería tomarse un huevo pasado por agua y asegurar que se ha comido pollo. Solo que ese pollo es virtual, imaginario y futurible, mientras que lo real es un mero huevo del que no ha nacido pollo alguno. La técnica consiste, precisamente, en confundir lo virtual y lo real y emplear la lógica engañosa del 'si pudo ser y era bueno que fuese, démoslo por sucedido'.

Jaume Sobrequés, historiador del régimen, ayer socialista maragalliano y hoy prócer separatista con empleo succulento, escribió –confesó, diríase– que «Cataluña no existía en el momento de producirse el cambio de milenio» ('Cuenta y Razón', 36, 1988, p. 56) y

que las palabras 'Cataluña' y 'catalán' no aparecieron hasta el siglo XII. No era, pues, «históricamente correcto atribuir a Borrell II ni la voluntad bien definida de independizar sus condados de la monarquía franca, ni el deseo de negarse a prestar juramento de fidelidad a Hugo Capeto».

En efecto (aun a riesgo de aburrir al lector) Borrell II, conde de Barcelona, no estaba muy seguro de a quién debía ofrecer su vasallaje, porque Francia vivía una crisis dinástica. Además y a la vez, el temible caudillo moro Almanzor había saqueado Tarragona y Barcelona (el 6 de julio del año 985 fue llamado «el día en que Barcelona murió») sin que el rey franco Lotario enviase ayuda y, muerto en 986, menos lo hizo su sucesor, Luis, en pugna con Hugo Capeto y fallecido en el 987. Hugo, una vez rey, tampoco ayudó a Borrell. En estas, llegó el año 988 y el conde barcelonés (mejor que catalán) se desentendió del asunto. La Corona de Aragón lo pagó caro, siglos después, cuando Jaime I, en virtud de esta deuda pendiente, hubo de renunciar a sus tierras de Francia en favor de (san) Luis IX de Francia.

Todo esto no solo queda lejos de cualquier alzamiento 'nacional' frente a un poder opresor, sino que, por tratarse de una historia tan prolija y poco gloriosa, no es apta para la propaganda independentista si se sirve en crudo. Por ello hay que tratarla convenientemente y convertir el huevo pasado por agua en jugoso pollo asado, lo que permite su atractiva inclusión en el menú.

Su pronto olvido

Este año 2018 debería haber visto las celebraciones de los mil treinta años de la 'independencia nacional' catalana. Pero los enredadores están en otra cosa y han olvidado sus propias invenciones. Si Jordi Pujol, padre del último renacimiento nacionalista catalán, se tuvo por legatario político de Borrell II, 'dux hiberus' (como se tituló), Carles Puigdemont, Quim Torra y Cía., menos pillos e instruidos que su maestro, se han ceñido a proclamarse herederos de Lluís Companys, el penoso.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Gonzalo Tena

Gonzalo Tena (Teruel, 1950) es un amanuense, un soñador, un investigador y quizá un místico que arde y alienta en la llama de su propia búsqueda. El pasado martes recibía el Premio Aragón-Goya. Es un hombre paciente y discreto que vive hacia la palabra y su relación con la pintura, volcado en un silencio habitado de musgo, de ma-

teria, de reflexión y quizá de sombra. A veces hace pensar en Cristino de Vera o en la lírica más seca de José Ángel Valente, o en la misteriosa noche de San Juan de la Cruz, donde todo es posible: la sensualidad, la intemperie y la penumbra esencial del alma.

Gonzalo Tena, turolense de los aledaños de la plaza del Torico, joven mudéjar antes de descifrar esa caligrafía del enigma y la geometría, mostró pronto interés por el arte, aunque sería Agustín Alegre su primer maestro de la pintura. Entonces, según le contó a Ernesto Utrillas (<http://descongelarte.blogspot.com>), quería ver si eran de verdad las mujeres desnudas que pintaban los artistas. Se fogueó y se forjó en Te-

ruel, en el colegio San Pablo, con Labordeta, Eloy Fernández Clemente y Federico Jiménez Losantos, y se trasladó a Valencia para cursar Bellas Artes. Luego partió a Barcelona. Aquel joven, que frecuentó un poco el pop-art, descubrió que la ciudad era una fiesta y que se podían hacer muchas cosas. Antonio Tàpies y sus logros, abstractos, matéricos y metafísicos, estaban en lo más alto. Se integró en el grupo de 'Trama' y abrazó lo que se llamó la pintura de soporte-superficie, casi monocroma, minimalista, de una austeridad muy francesa.

Perteneció a aquel colectivo –con Jiménez Losantos, poeta y teórico artístico, con los pintores Javier Rubio, Xavier Grau y José

Manuel Broto; todo ello muy bien glosado por Javier Lacruz– de 1974 a 1978. Más tarde, conseguiría la beca Endesa y sin prisa, con ensimismamiento y soledad, desarrollaría una obra personalísima, de escasos colores, de variaciones sobre un tema, con diversos ecos: la huella de Gertrude Stein, la autora de 'Ser norteamericanos', el interés por Brueghel, los estudios sobre el mudéjar con Álvaro Lombarte. El año pasado fue objeto de una retrospectiva en el Museo de Teruel y se recordaron su camino, sus estancias creativas en Albarracín o su diseño para 'Turia'. Es un pintor filósofo que siente Teruel como un hermoso escenario para ahondar y hozar en el pensamiento.